

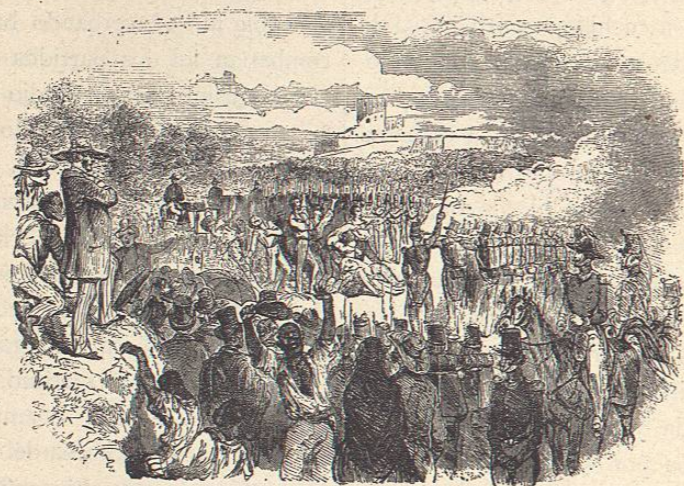
guardia al general Leiva, quien engañado por falsos reporters, se comprometió con su escasa gente en un combate, siendo testigo los campos de Enemiconisto de su derrota y captura, que no le valió su arrojo y valentía, pues antes, por lo contrario, le perdieron.

El año, pues, de 1813, había de ver el sitio de Santa Fe y el desenlace de la guerra entre centralistas y federalistas.

Llevaba la guerra en Méjico trazas ya de eternizarse. Cuando un pueblo se levanta por su independencia y tiene á su favor el apoyo del país y una inmensa extensión territorial en donde moverse y

pocas y reducidas columnas enemigas que combatir, las victorias de éstas no dan nunca resultados definitivos, esto se vió claro después de la batalla y toma de Zitácuaro, triunfo que fuera de debilitar la insurrección, no produjo otro resultado definitivo.

Creyóse también equivocadamente, que á tanto clérigo y fraile como corría por los campos capitaneando gente, se les reduciría á obediencia por medio de pastorales y de estas se encargó el obispo de Puebla, quien, además, con autorización del virrey, llegó á prometerles una amnistía completa, pero un cura insurrecto, es un cura sordo á la voz de sus jefes y esta experiencia, que entonces se ha-



Fusilamiento de Briceño y sus compañeros

cía en América, tardamos poco tiempo en hacerla en España.

Precisamente, el cura Morelos era ahora quien mayores temores causaba á la capital, de la que pensaba apoderarse á toda costa, pues desprestigiado el gobierno revolucionario con lo ocurrido en Zitácuaro, la insurrección veía su salvador y su jefe en Morelos.

Calleja fué el encargado de darle el golpe de gracia, pero su arrojo se estrelló contra la energía de Morelos que le escarmentó el día 18 de Febrero de 1812 en el campo de Pacurco, que dista cinco cuartos de legua de Cuautla, á donde se dirigía y en donde estaba concentrado el núcleo de la gente de Morelos, compuesta de dos mil hombres de gente armada de fusiles y de unos ocho mil armados de ballestas, hondas, lazos, etc., gente temible solo en caso de derrota.

Morelos se había fortificado en sus posiciones de Cuautla, con trincheras, fosos, etc., armados con treinta cañones de todos calibres, y como mostraba

su resuelta decisión en defenderse á todo trance, Calleja, ya prudente ahora, le mandó reforzar por el brigadier Llanos que mandaba mil seiscientos infantes y cuatrocientos caballos, pero Llanos, no le llevó á Calleja intactas estas fuerzas, pues, habiéndose empeñado en tomar á Izucar el 23 de Febrero, en virtud de las órdenes que se le habían dado, tuvo que desistir de su empeño después de repetidos ataques, convencido de su inferioridad para llevar á cabo su empeño.

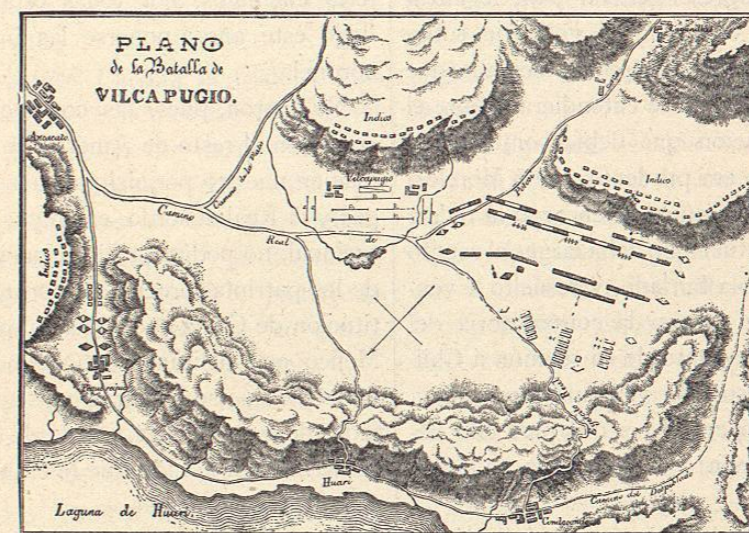
Calleja que hubiera deseado apoderarse por medio de un atrevido golpe de mano de Cuautla, vióse obligado mal su grado á tener que formalizar el sitio de la plaza, cuales preparativos dió por terminados el 10 de Marzo, lo que le obligó á pensar de la misma manera que en el modo de cortar las comunicaciones de Cuautla en asegurar las suyas con el virey y Méjico, situando al efecto cuerpos de dragones en Chalco y Ozumba. Estrechada y apurada Cuautla no por esto pensaba en rendirse, veíase que sería necesario tomarla por asalto y á este fin Ca-

lleja pidió artillería de gran calibre para destruir sus atrincheramientos.

Interin esto sucedía, en otros puntos de Méjico ocurrían choques sangrientos, ora con las tropas de Querétaro, ora con las de Trujillo, quien, atacado nuevamente en Valladolid por una muchedumbre que no bajaba de ocho á diez mil hombres mandada por Muñiz, Piedra el Canario, P. Navarrete y Alvinno García, desbarató á sus enemigos y les tomó diez y seis cañones. Los brigadieres Revallo y García Conde combinando sus movimientos cayeron sobre San Miguel el Grande, en donde Reyes, el P. Pedrosa y el negro Habanera habían concentrado

unos cuatro mil hombres matándoles á cuatrocientos; consiguiendo también triunfar de sus contrarios Casasola y Regules que acabó por pacificar el estado de Oajaca, etc. Con estos triunfos alternaron reveses más ó menos importantes como los de Huamantla, del 19 de Marzo, los de Peña y Linares en Guadalajara, el del Real de Pacheca, y otros triunfos y reveses que exagerados por una y otra parte, como á cada uno de ellas conviniera, servían para alimentar las esperanzas de todos y hacer más implacable esta desdichada guerra civil.

Urgía ya que los independientes pensaran en socorrer á Cuautla, apurada por la falta de agua y



de víveres, lo que había sido causa de varias sangrientas salidas que no sin éxito hicieron algunas veces los sitiados, y al efecto fueron reuniendo sus gentes en Tlayacac, pueblo fuerte por su posición topográfica y vecino de Sacatepec, de donde partieron contra el campo de Calleja que atacaron furiosamente en número de ocho ó diez mil hombres, secundados por los de dentro que cargaron con su acostumbrada bizarría, pero Calleja que se había prevenido con tiempo les recibió en sus posiciones en frente de las cuales hizo que sus enemigos dejaran tendidos unos ochocientos hombres. Este combate tuvo lugar el día 27 de Abril.

Morelos en vista de la derrota de su gente y de la de sus auxiliares, comprendió cuán temerario era continuar en Cuautla y lo preparó todo para abandonar la plaza á su afortunado enemigo. Reunida su gente se arrojó el 2 de Mayo sobre las líneas españolas abriéndose paso con pérdida de mucha gente y de la desbandada general de los suyos que

le persiguieron durante todo el día hasta seis ó siete leguas más allá de Cuautla, pero Morelos y su estado mayor logró salvarse, y esto fué para muchos lo que deslució la empresa de Calleja á quien se acusó de haber llevado el sitio con flojedad, y de haber sido causa involuntaria á consecuencia de ello, de que arraigara la insurrección en las provincias de Puebla y Veracruz, de donde se habían sacado las tropas que Calleja mandaba. Éste resentido por las agrias censuras de que le había hecho objeto el virey, y luego porque se disolvió su ejército mandando á Llanos á Méjico y á él á Puebla, pidió la licencia por motivos de salud que tuvo que concedérsela por fuerza Venegas, retirándose á su vez á la capital, saliendo Llanos para Puebla.

Siempre creyendo el devoto virey que las amonestaciones religiosas habían de poder tanto como las armas, volvió á su empeño de brindar por medio del cabildo del arzobispado el perdón y la amnistía á todos, pero también obtuvo el mismo resul-

tado de las otras veces, pues pocos ó ninguno hicieron caso de tales exhortaciones.

Nada, pues, conseguimos con el recobro de Cuautla ni aún se obtuvo la desconsideración de Morelos, antes al contrario, por haber éste resistido durante tanto tiempo y haber salido ileso de la ciudad, se hizo una reputación de hombre militar de primer orden, que dió celos á Rayon que era quien estaba al frente de la Junta revolucionaria, subiendo de punto la competencia al apoderarse Morelos de Oajaca, desde donde principió á demostrar deseos de apoderarse del gobierno político de la rebelión.

Creía Morelos, y creía bien, que era necesario dotar á la revolución de un gobierno regular, que urgía nombrar un Congreso general para legalizar la que ellos hacían y constituir el gobierno sobre bases de gobierno. Rayon se oponía diciendo que antes era preciso que ellos se entendieran sobre el proyecto de Constitución que debía someterse al Congreso y como esto era prudente, cedió Morelos, pero al ver que Rayon á quien se encargó la redacción del Código constitucional, daba largas al asunto comprendió que le había burlado, y resuelto á vengarse publicó por sí y ante sí la convocatoria del Congreso, citando para punto de su reunión á Chilpancingo. Rayon furioso á su vez quiso oponerse á lo hecho por Morelos, pero al ver que para ello había de ser necesario recurrir á las armas, se apaciguó y dejó hacer.

Fué en esta ocasión cuando apareció el primer diario que tuvo la revolución mejicana. Establecióse una imprenta en Sultepec y desde allí el cura Cos y Lorenzo de Velasco redactaron una hoja destinada á sembrar el terror y el pánico en sus enemigos, pues Venegas demostró temer más al *Ilustrador Americano* que á los generales de la revolución, sin duda porque á éstos les batía en tal ó cual encuentro, mientras nunca podía encontrar á los que introducían el *Ilustrador* en la misma ciudad de Méjico.

Todo esto le pareció demasiado grave á Venegas quien, viendo por otra parte á Ignacio Rayón en Toluca, tan cerca de la capital, resolvió expulsar á éste de sus posiciones á toda costa, y como Calleja se negara á conducir la expedición, ésta salió bajo el mando de Castillo, que á poco experimentaba un descalabro en Lerma por haber querido apoderarse por sorpresa de esta ciudad. Reforzado por el virey el día 6 de Junio, alcanzaba Castillo una importante victoria con escasisima pérdida por su parte y grande por la de sus enemigos, que perdieron á varios de sus jefes, victoria debida, según cuentan varios

historiadores, á las cornetas del batallón de Llovera que por primera vez llegaban á los oídos de los mejicanos, hecho que al poco tiempo se repitió en Nueva Granada al presentarse allí el regimiento de Albuera.

Durante el resto del año ya no se trabaron combates de aquellos que hacían presagiar grandes resultados á la causa del orden ó á la revolución, pero los combates, los encuentros parciales fueron muchos, distinguiéndose de uno y otro lado dos mejicanos, Morelos y Agustín Itúrbide. Este escribió en su hoja de servicios durante el año 1812 diez y ocho combates en los que salió siempre vencedor, y en los que rara vez dejó de causar la muerte á los jefes enemigos, por todas estas hazañas Itúrbide llegó este año á ponerse las insignias de teniente coronel.

No fueron, pues, las cosas en Méjico tan bien como en el resto de América, y aún se calentaron más en nuestro perjuicio al caer el año, pues, Venegas y el Real acuerdo, enemigos del sistema constitucional, no podían sufrir en paciencia los desahogos de los patriotas americanos protegidos por la Constitución de Cádiz que se había proclamado en todo Méjico con delirante entusiasmo, y no es posible dudar de que se hubieran conseguido grandes resultados de su publicación, si desde el primer momento no se hubiera notado que le eran hostil las primeras autoridades españolas.

Venegas acabó por perder la calma al ver que las elecciones que con arreglo á ella se hicieron, dieron por resultado el triunfo de los patriotas á quienes se lanzó resueltamente del lado de la revolución suspendiendo Venegas el ejercicio de la libertad de imprenta. Esta desatentada medida hizo ver á los mejicanos que poco ó nada habían de contar con la vitalidad de la Constitución española y ya desde este momento el partido liberal mejicano se fué haciendo anti-español.

En Chile el año 1812 vió el triunfo definitivo de Carrera por haberse levantado el pueblo y ejército de la Concepción contra Rosas que á duras penas pudo escapar á Mendoza su ciudad natal. Hé aquí las causas de este suceso tan decisivo para Carrera, según Torrente:

«Después del convenio que Carrera y Rosas habían celebrado á las orillas del Maule, se había restituído Rosas á la Concepción para reforzar su partido, y mantenerse en actitud imponente, á fin de poder resistir á cualquiera otro ataque de su competidor, del que no dudaba, atendida la falta de sinceridad que había mediado en su reconciliación.

Empero este aparato militar irrogaba gastos superiores á los recursos del país. De aquí resultó el disgusto y la murmuración que, tomando gradual incremento, llegó hasta los oficiales y soldados veteranos, quienes derribaron aquella Junta, arrestaron á su presidente y vocales, y los enviaron á Chile á disposición del gobierno, formando, en su lugar, un Consejo de guerra permanente. Habiéndose visto precisado Rosas, á consecuencia de aquella conmoción, á pasar la cordillera y abrigarse en Mendoza, su patria; quedó todo el Chile agregado al gobierno de la capital, y el ambicioso Carrera se halló libre de tropiezos para dar rienda suelta á sus extravagantes y fogosas pasiones.»

¿Cuál era la situación política de Carrera? Dice á este propósito Torrente:

«Conociendo el astuto Carrera la frialdad con que sus paisanos habían recibido el nuevo orden de administración, trató de aplicar los medios más eficaces para acalorar sus ánimos. No se ocultó á su fina penetración que las armas del evangelio habían de ser las que produjesen resultados más favorables á sus intentos; con esta mira procuró ganarse la confianza de algunos eclesiásticos, que se creían poco remunerados de sus méritos y servicios.

»Entre los varios sacerdotes que mancharon las páginas de aquella revolución, se distinguió el Illmo. señor Guerrero, natural de Algeciras, obispo titular de Epifanía y auxiliar de tres diócesis. El espíritu de imparcialidad que dirige nuestra pluma nos obliga á presentar dos excepciones á la benemérita clase de los prelados de América; el uno fué el obispo de Quito, señor Caicedo, de quien hablamos en la historia de dicho reino, y el otro el que ocupa al presente nuestra atención...

»Duro es referir la historia particular del señor Guerrero á causa del sagrado carácter de que estuvo revestido, pero nos vemos precisados á ello por no dejar en descubierto este período de la revolución chilena, en el que ejerció tanto influjo aquel prelado. Se hallaba, pues, en la villa de Quillota, retirado y descontento porque había sido excluido de la administración del obispado de Santiago, en razón de las sospechas que infundía á los revolucionarios como sacerdote y como europeo; pero advirtiendo Carrera la ambición que desplegaba dicho eclesiástico, y conociendo que su apostólica mediación había de ser sumamente útil á la causa de la independencia, pasó en persona á ofrecerle la administración deseada.

»Abrazando el señor Guerrero con la más fina voluntad los intereses de los rebeldes, desplegó un

celo tan ardiente por secundar sus sacrílegas miras, que, no contento con arengar al pueblo repetidas veces en una cátedra que hizo colocar en la plaza, recorrió todo el reino pervertiendo el espíritu de sus sencillos habitantes, y circulando edictos y pastorales subversivos é incendiarios.»

Podía, pues, Carrera dar poco menos que por segura y firme su situación política y esto le dió, de seguro, alientos para abolir, desde luégo, todos los signos de la autoridad real española, y, además, dando ejemplo á los partidarios de la revolución, hizo arrancar del frontis de su casa el escudo de armas de su familia, no hablándose ya más que de la República chilena, república que fué la primera de América en ser reconocida por un estado extranjero, por los Estados-Unidos que de esta manera nos pagaban lo que habíamos hecho por su independencia.

Dice Torrente: «Había llegado á este tiempo el coronel Poinset con la investidura de cónsul de los Estados-Unidos de América; y como era este el primer funcionario público de nación extranjera que se hubiera presentado en aquel país, se le dispensaron tales distinciones y obsequios, que más bien era reconocido como un predilecto individuo de aquel gobierno, que como un diplomático. Fué alojado en la misma casa del presidente, quien se constituyó en compañero inseparable en la mesa, en los negocios, en el paseo, en las tertulias...» Y por si todo esto no bastara á la fortuna de Carrera, por este tiempo ocurrió también la insurrección ó levantamiento de Valdivia con lo que vino á quedar Chile entero, excepto las islas de Chiloe ó provincia de este nombre, del lado de la revolución, que aún, nótese bien, se servía del nombre de Fernando VII para ocultar sus designios, designios que se encargaba de revelar el diario chileno *Aurora* que salía de las prensas de Santiago, de modo que la primera imprenta que Santiago tuvo, fué destinada á imprimir el diario encargado de difundir en Chile las ideas democráticas y de independencia.

«Ya tremolaba, pues, el pabellón independiente por todo aquel reino, excepto en la provincia del Chiloe; ya se había publicado el reglamento provisional, en el que, á pesar del afectado reconocimiento de Fernando VII, se sentaban las bases de una absoluta separación de la metrópoli; y ya finalmente se disponía uno de los Carreras como primer miembro del poder ejecutivo, á salir á recorrer todo el país para cimentar en él el nuevo sistema político y militar, cuando comenzaron á divulgarse las noti-